

EL TARAMBANA

COLECCIÓN
NARRATIVAS

Yosa Vidal

EL TARAMBANA

Tajamar
Editores

EL TARAMBANA

© Yosa Vidal, 2011

© Tajamar Editores Ltda., 2011

Mariano Sánchez Fontecilla 352, Las Condes. Santiago

Teléfonos: 56-2-245.70.26 / 56-2-245.70.28 / 56-2-245.70.32

www.tajamar-editores.cl

e-mail: info@tajamar-editores.cl

Registro de propiedad Intelectual: 221.846

ISBN: 978-956-9043-32-1

Composición: Salgó Ltda.

Diseño de portada: José Bórquez

Impreso en Chile/*Printed in Chile*

Primera edición: agosto de 2013

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización previa del editor.

Patria, padres y crianza

Yo, señor, soy natural de la comuna de La Florida, ubicada en la ciudad de Santiago en el Estado de Chile, nacida en el año 1945, hija del chofer don Vladimir Concha Ríos y de María Antonieta Baeza Baeza, Dios los tenga en su santo reino.

Siendo mi padre chofer y yo la hermana menor de tres, debía de acompañarle a diario a sus trabajos, cobrando a pasajeros, regañando a astutos que buscaban sacar provecho de mi juventud y manteniendo algo la limpieza en esa jungla; todo esto pues mi hermana debía ayudar a mi madre en casa, y mi hermano se ocupaba de otros oficios, como la venta de productos y servicios en las esquinas. Si mi padre era reconocido por masajeador de volantes y acariciador de pedales, era porque a la máquina con que trabajaba durante el día trataba con más cariño que a su devota esposa, con quien mantenía querellas y peloterías, dándole constantes disciplinas pues decía de ella que era puta y malagradecida del pan que traía a nuestra mesa. Mi madre, que no era de menor ímpetu y destreza, salía en busca de amigos para alimentar más aún la bronca de mi padre y abastecer de sazón y picor las mesas del vecindario, reemplazando lo poco nutritivo por lo muy sabroso.

Y como solían hacer las familias de dichos lugares en mi patria, que aunque comieran santos cagaban diablos, el día domingo y uno que otro durante el septenario nos dirigíamos a la iglesia del barrio con los mejores atuendos, que no eran más que las mismas

pilchas de la semana vueltas a lavar y la chasquilla arreglada con jalea de membrillo.

Bordeaba yo los diecisiete años cuando, estando un domingo en la Congregación del Santo Oficio, ubicada en las primeras filas de la nave y las más cercanas al púlpito, próxima ya a recibir la eucaristía que era forma de alimento segura y demostración sincera de respeto a Dios Padre, vi de entrar tres hombres corpulentos. Sus manos gruesas como diccionarios iban cruzadas tras sus caderas. Llevaban lentes oscuros que contrastaban con sus dientes perfectamente blancos, y avanzaban a paso firme hacia la figura de Jesús crucificado quien servía de guardaespaldas del párroco. Al atisbar el ingreso de los sujetos, los ojos del sacerdote parecieron girar sobre su propia órbita a punto de escapar con fuerza centrífuga de las cuencas que los apresaban. Con un intento trasatlántico por no dejar ver demasiadas inflexiones en su sermón, el cura fijó córneas y pupilas en mi insignificante presencia, ordenándome con gesto fanático que saliera de mi asiento para cederlo a los gorilas. De la banca salí rápido pues, aunque acostumbrada al ajetreo diario de las micros y la gente, aún quedaba en mí algo de respeto por la autoridad. Desde una esquina observé cómo los tres hombres en una sincronía perfecta, tomaron mi lugar para mostrar tres leves sonrisas al sacerdote, quien, a su vez, luchaba por aplacar la espantosa respiración de fuelle de petrolera que evidenciaba su nerviosismo. La incomodidad del párroco fue tan evidente que la masa que presenciaba el servicio comenzó a toser, susurrar, y producir un tenue rumor de culos meneándose incómodos en sus asientos.

La misa siguió y cuando fue dada la orden de la paz, con ritmo de hormiguero avanzaron todos, en un impulso ciego, las diestras en ristre hasta chocar con un feligrés vecino y cambiar de dirección con una sonrisa congelada por la divinidad. En respuesta al malestar general, estando yo en un costado del púlpito y sin pedir licencia ni realizar genuflexión alguna, me entré en una

salilla que servía de oficina al sacerdote para dejar atrás al bullicio. Cálices grandes y lustrosos, poltronas de cuero y terciopelo rojo, tapices de la india tejidos con hilos brillantes como el oro del Perú, jarrones y chinerías, pequeñas fuentes de agua adornadas con luces de colores, decoraban el despacho del clérigo. Fue grande mi turbación ante tanta belleza, y olvidándome de todo y con el iris en las yemas de mis dedos, recorrí uno a uno los objetos que se disponían en estantes y vitrinas. Nunca en mi corta vida había presenciado tal ostentación. Toqué los metales de las lámparas, de las copas y teterillas. El contacto con la frialdad de los objetos me hacía volver a ratos a la realidad. Recorrí las ínfimas vellosidades de los terciopelos cuya suavidad se igualaba a la piel más joven y delicada; mientras que las hebras de los tapices, organizadas como celdas de naranjas y granadas, me llamaban a restregar el torso y la espalda sobre su delicadeza. Mi tierna piel recorrió los gobelinos marrones, mis hombros, mejillas, labios, el antebrazo, el vientre y el pecho, todo mi cuerpo quería palpar ese misterio gozoso hecho de telas. Fue entonces que, entre la imagen de mi rostro refractada en miles de gotas de cristal y desperdigada en diminutos espejos, la vi.

Era un pequeño retrato. Lo descolgué cuidadosamente para percibir los detalles del óleo que parecía refulgir en la aureola de su marco dorado. Apareció una muchacha de más o menos mi edad, pero lejos de tener cejas juntas y ojillos a modo de aceitunas sevillanas, lucía la mirada amplia y fresca de los océanos. Si yo tenía frente calzada, ella se jactaba de un semblante extenso y luminoso. Si mi boca era apretada y regularmente manchada por boqueras, sus labios eran gruesos, jugosos y rosados de ternura e inocencia. Mis irregulares facciones estaban desplegadas en una tez rolliza y pícara, mientras las de ella eran de una geometría perfecta, endulzadas por la ingenuidad de la adolescencia. Yo a esas alturas poseía cierto atractivo físico que se confirmaba en

las constantes instigaciones de los amigos de mi padre, pero era indudable que ese incipiente brillo se oscurecía más que la opacidad de las nueces al acercarse al lustroso rostro de la muchacha del retrato. Quise tocar su imagen al igual que lo había hecho con los otros objetos de la habitación. Me encandilaba su belleza. Cerré los ojos y arrastré mis labios sobre la tela. Yo podía sentir su suavidad a través de las fibras del paño.

Tan embelesada estaba en el retrato que no me di cuenta cuando el cura y los tres sujetos entraron a la sacristía. El cura avanzó con paso firme hacia mí, y producto de un gesto instintivo, inundada por el miedo, guardé el cuadro dentro de mi abrigo. El sacerdote me tomó con fuerza de los cabellos, pronunció palabras desconocidas, me zamarreó con energía. Dijo que la sacristía era un lugar sagrado permitido solo para enviados de Dios y no para mocosas ordinarias como yo. Me revisó el cuerpo y encontró el cuadro. Sentí un nudo de horror en el estómago. Me golpeó hasta cansarse, y entonces dejé ir a la imagen que retenía con fuerza.

Ya con el retrato en sus manos, el sacerdote se tranquilizó, mas no hubo que contar hasta diez para que en su semblante se dibujara una sonrisa siniestra. Les preguntó a los hombres si se conformaban conmigo por hoy. Su índice afilado me apuntó, diciendo que yo era nada más un anticipo, que por favor le dieran algo más de tiempo, que no dudaran en su palabra cimentada en la fe y protegida por la iglesia. Los tres sujetos se miraron a través de sus gafas, y en coro y con desgano respondieron que bueno, a lo que uno agregó que era nada más por ese día y como un adelanto, que conmigo no cubría nada de la deuda, que yo solo servía para aplazar la fecha de la entrega, y que si no respetaba el acuerdo terminaría como Caupolicán.

El sacerdote miró el retrato con los ojos muy abiertos, lo sujetó con fuerza en una de sus manos y con la otra agarró violentamente una de mis orejas.

—Si no olvidas lo sucedido en este santo lugar, irás presa por meter mano en asuntos sacrosantos —me dijo con voz áspera, lejana a la solemne marcialidad con que oficiaba sus servicios.

Dos de los tres hombres me asieron de los brazos. Así fue la forma en que esa mañana salí por la puerta trasera de la iglesia.

